CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA

DE

D. JOSÉ GARCIA DE SOLÍS.

GERONIMO EL ALBAÑIL.

6 RS.

NÚM. 24.

MADRID:

Libreria de la Viuda é hijos de Don José Cuesta, Carretas, n.º 9.

Libreria de Moya y Plaza, sucesores de Matute, Carretas, n.º 8.

SALAMANCA: IMPRENTA DE LA CASA-HOSPICIO.

Catálogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Círculo Literario Comercial.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS

Batalla de Lepanto.
Frutos amargos.
El Monarca cenobita.
Miguel el Esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡ Creo en Dios !
¡ Las jornadas de Julio. !
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡ Redencion !
Rioja.
Muger y madre.
El curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la muger.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristóbal Colon.
Un hombre de Estado.
El primer Giron.
El tesorero del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el comunero.
Diego Corrientes.
El bufon del Rey.
Un voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el Ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien más mira ménos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la Córte.
¡ Mejor es creer !
Los órganos de Móstoles.
La escuela de los ministros.
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
Á Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercandet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la Reina de Navarra
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marquesa.

4

GERÓNIMO EL ALBAÑIL.

COMEDIA EN DOS ACTOS,

POR

D. FERNANDO GÓMEZ DE BEDOYA.

Núm. 24.

SALAMANCA:
IMPRENTA NUEVA DE LA CASA-HOSPICIO.
1864.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/geronimoelalbani00gome

Al Excmo. Señor

DON FACUNDO INFANTES,

S. A. Y. S. S.

Fernando E. de Bedoya.

Gen. Rta. Aforial

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE D. JOSE GARCIA DE SOLIS que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del Reino ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1847, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtívamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAJES.	ACTORES.
GERÓNIMO.	D. LEANDRO LUGAR.
INES, muger de este. . . .	DOÑA FRANCISCA MONTERROS.
LUISA. . } hijos de estos. . .	DOÑA MARGARITA MONTERO.
JULIAN. }	D. JOSE ORTIZ.
RAFAEL.	D. RAMON AGUIRRE.
RODRIGUEZ.	D. JOSE GUERRERO.
FRANCISCO.	D. JOSE BANOVIO.
JUAN.	

La escena pasa en Madrid.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de un cuarto desalquilado, en el que estan haciendo obra; puerta al fondo que dá paso á una antesala; el lienzo de pared situado á la izquierda de esta puerta, estará estropeado por abajo: á la derecha, una mesa donde habrá varios rollos de papel pintados: algunas sillas de paja, un cubo con pinturas y varios utiles de albañileria; puerta á la derecha y ventana á la izquierda.

ESCENA I.

RODRIGUEZ, despues RAFAEL

ROD. Lleve usted el recibo (vuelto hácia el bastidor) al cuarto segundo, y bájeme usted el dinero. Pues señor, (refregándose las manos) es particular el buen humor que tengo hoy por la mañana; ya se vé, es el dia de la cobranza, y no hay cosa que mas alegre que recibir dinero. Luego mis inquilinos son tan puntuales, tan exactos, que redoblan el placer. Bendito sea el dinero!

RAF. Ah! está usted (entrando por el fondo) aquí, mi querido Rodriguez?

ROD. Ola! señor don Rafael, qué tal?

RAF. Bien; sobre todo ahora que acabo de ver en la escalera á la señorita Teresa, su sobrina de usted, siempre tan linda.

ROD. Ya sé que le echa usted sus piropitos.

RAF. Ciertamente; me ha dicho que estaba usted en este cuarto principal, que por cierto siempre veo desocupado, y venia á verle.

ROD. Los cuartos principales se alquilan muy mal, amigo

mio; es una consideracion que debian tener siempre presente los propietarios.

RAF. Sin duda, y tanto que ya no me queda mas que esta propiedad y quiero conservarla... Pero esa costumbre que tiene usted de quejarse de todo, cuándo la deja ?

ROD. Cuando deje usted la de no pagar á sus acreedores.

RAF. Y qué dirá usted si le manifiesto que el no perder yo esa costumbre es culpa suya ?

ROD. Cómo mia!

RAF. Pues es claro... No hay medio de que me adelante usted alguna cosa, y esa es la razon.

ROD. Despues de siete mil y tantos duros que le tengo adelantados, quiere usted mas?

RAF. Y por que no? No tiene usted esta finca en garantía? Qué dificultad puede usted tener en adelantarme mas dinero con la ganancia correspondiente? Ya vé usted por lo que lo hago... por los acreedores..... Desengáñese usted, señor Rodriguez, los acreedores son la langosta de la sociedad.

ROD. Sí, y los deudores el mas bello adorno de la misma.... Malditos...!

RAF. Vamos, no hay que exasperarse mi buen Rodriguez, que buenos doblones se han hecho con ellos. Precisamente he venido por que hoy tengo absoluta necesidad de dinero. Como que he comprometido mi palabra....

ROD. Pues ha hecho usted muy mal, porque no lo tengo.

RAF. Traia intenciones de firmarle á usted veinte mil reales y que me diera solo diez mil.

ROD. Jesus que prodigalidad: Ya se vé, de ese modo ya no estraño que no tenga usted bastante con seis mil duros de renta. A la edad de usted no tenia yo mas que diez mil reales, y vivia.

RAF. Usted vivia, eh? pues ahí tiene usted el resultado.

ROD. Cómo el resultado?

RAF. Digo el resultado, de vivir solo: usted vivia, y por lo tanto no aprendió mas que á vivir.

ROD. Ya, y usted á que aprendido?

RAF. Yo? á gastar admirablemente.

ROD. Pues la crianza de usted no fué por cierto menos económica que la mia; en vida de su padre de usted le veia heredar sus trages, y los mas corrientes eran un viejo y raido paletot, elevado el talle á los sobacos, con unos zapatos acordonaditos, y el sombrero de color de ala de mosca.

RAF. Es cierto: en vida de mi padre era mi trage copiado á

la letra del de los lacayos de coches simones; y ademas estuve mantenido constantemente con lentejas. Pero por lo demas, el trato de mi padre era muy bueno; nunca vi una caricia suya, mas que el dia primero de cada año que me solia comprar unos guantes de piel de conejo, y el dia de su santo que me regalaba comunmente un abrazo bastante económico; pero eso no duró siempre y fué la crianza. En cuanto á la educacion, que es á la que me refiero, y que yo me he dado, es otra cosa. Como quedé libre y con barro á mano á nada me puse tasa y me enseñé á comprarlo todo, Caballos, perros, placeres, todo, todo. Ademas, siempre tuve buena mesa, juegos, amigos y....

Rod. Y tres magníficas posesiones vendidas, y diez mil duros gastados á cuenta de esta casa que yo tengo en hipoteca, amen de lo que su padre de usted le dejára en metálico.

Raf. Mi padre no me dejó nada; dos ó tres billetes, y algunas piezas de oro.

Rod. Es posible? cuando hacia tantas economías!

Raf. Eso es lo que todo el mundo me dice y lo que me digo á mi mismo algunas veces, si mi padre era....

Rod. Muy económico: si señor. La conducta de su padre de usted fué muy ejemplar, y si tenia algunos gastos estraordinarios en casa ó fuera de ella, nadie los llegó á conocer.

Raf. Mi padre jamás gastó en la calle nada, y los gastos de la casa estaban reducidos á comer lentejas á pasto y sostener una vieja criada, que desempeñaba los oficios de cocinero, ayuda de cámara, portero, limpia-botas, mozo de plaza, y algunas otras veces el de amanuense. Pero lo que mas me llama la atencion, es que mi padre tuvo siempre un miedo cerbal á los ladrones; y para qué este miedo sino tenia dinero? Algunas veces me ha pasado por la imaginacion si tendria algun tesoro enterrado.

Rod. Puede ser, hombre.

Raf. Pero no haberme dejado ninguna noticia de él.... ninguna apuntacion ó memoria.... Es verdad que á su muerte, que casi fué repentina, me envió á buscar al taller donde me tenia trabajando; y cuando llegué á la cabecera de la cama, habia ya hecho la paralisis terribles progresos, y aunque nunca habia sido para mi muy cariñoso, la emocion que esperimenté, y las lágrimas que apenas podia contener, me impidieron escu-

char las palabras entrecortadas é ininteligibles que me dirigió: todo lo que pude entender fué que no vendiese esta casa jamás; esta fué su última palabra.... luego por sus gestos comprendí que queria una gran cartera que tenia en su papelera, corri á dársela, y en este momento lo sorprendió la muerte; yo me desmayé.... y al cabo de algunos dias cuando me acordé de la cartera la reconocí, y no hallé mas que papeles de familia, los títulos de propiedad de las fincas, y una pequeña nota que contenia estas palabras: «Veinte y cinco mil duros en billetes y veinte y cinco mil en oro.»

Rod. Un millon! Cáspita!

Raf. Pero como usted conoce, eso y nada es lo mismo; por consecuencia, si tenia algun secreto, se lo llevó consigo.

Rod. Con todo.... esas cifras.... aunque así á la ventura, son para dar que pensar.

Raf. Ya se vé, que habia para pensar y hasta para volverse loco si mi carácter fuera cabiloso; no obstante; antes de partir para mi último viage me dirigí á todos sus conocimientos, á todas las cajas públicas, pero nada; entonces uno de mis amigos me aconsejó que hiciese escabaciones en el jardin y lo revolviese todo; pero quiá, tontuna!

Rod. Calla, ahora concibo por qué no ha querido venderme usted la casa.

Raf. A fe mia que no: jamás he creido en eso; jamás; y sino se la vendo á usted, es por el recuerdo de mi padre, y sobre todo por que una casa dá posicion social.... y.... cierto crédito, del cual yo hago muy buen uso.

Rod. Pues si alguna vez quisiera usted venderla, aunque ahora no tengo dinero.... yo veré si puedo proporcionarlo, aunque sea á costa de mil sacrificios, y todo por usted, para habilitarlo en una palabra.

Raf. Lo agradezco, querido Rodriguez; pero prefiero otro medio.

Rod. Cuál?

Raf. Cáseme usted con su sobrina.

Rod. Casarse?

Raf. Estoy cansado de la vida de soltero; me fastidio y quiero tomar un partido: no soy yo ambicioso, y esta cualidad me hace pensar en vuestra sobrina.

Rod. Oh! Pues no es mal bocado.... No creais.... su madre al morir le legó sesenta mil reales de renta.... y su padre podrá dejarle muy bien el doble.... Como que es

un arquitecto de fama.... Hace dos años que está en Italia.

RAF. Y os ha dejado la comision de casar á su hija, he? Pues vamos á ver si nos entendemos.

ROD. Con que tan apurado dice usted que está? Pues si se decide usted á vender la casa....

RAF. Deje usted ahora la casa y vamos á la sobrina.

ESCENA II.

DICHOS Y LUISA que entra por el foro.

LUISA. Señor Rodriguez? á usted buscaba.

ROD. Sea en buena hora.

RAF. Calla! Es la jovencita de ayer.

LUISA. Caballero! (Mirándolo.)

ROD. Ola! Conoce usted á la hija del buen Gerónimo el albañil, uno de mis mejores inquilinos?

RAF. A la casualidad debo esa dicha!

ROD. Calla, me alegro. Deciais Luisita...

LUISA. Que mi padre me envia á decir á usted que ya está desocupado y que en seguida vá á subir.

ROD. Me alegro mucho. Afortunadamente ya está el cuarto alquilado, y aunque bien mal, es preciso hacer estos reparillos. Voy á decir al pintor que ya puede venir. Con que Don Rafael, ya sabe usted lo que estoy dispuesto á hacer en obsequio suyo; si acaso usted dirá. Dile á tu padre que empiece al momento. (Vase)

LUISA. Voy á decírselo.

ESCENA III.

RAFAEL.—LUISA.

RAF. Pero Luisita se vá usted así? (Deteniéndola.)

LUISA. Qué quiere usted?

RAF. Y me lo pregunta usted? Qué he de querer, sino tener la dicha siquiera un momento de ver ese lindísimo rostro, por el que sabe usted estoy penando?

LUISA. De veras?

RAF. Pues por quién sino por usted he venido aquí? Por

quién ando todo el dia la calle de arriba abajo? Sino por usted, que me tiene loco, perdido con esos ojos tan parleros y tan monos? Por usted á quien adoro con un fuego....(Queriéndola tomar de la mano.)

LUISA. Que me vá usted á quemar.

RAF. Ojalá la achicharrara en la lumbre en que me abraso....

LUISA. Eso es, y me haria usted un torrezno, que para comido en gachas.... el único.

RAF. Pero cuándo dejará usted, hermosa mia, de tratarme siempre en chanza?

LUISA. Pues y usted ¿cómo me trata á mi? Por ventura puedo yo creer formales esas tonterías? usted es un señor y yo la hija de un pobre albañil....

RAF. Que vale mas que una princesa y que un imperio y un cielo. Y á quien por dar un solo beso. (Acercándosele bastante.)

LUISA. Caballero, poquito á poco....

RAF. ¡Oh! sí, sí, en esa lindísima mano.(Queriéndola dar un beso.

LUISA. ¡Eh! suelte usted!..

ESCENA IV.

DICHOS Y GERÓNIMO vestido como para trabajar y con una espuerta de herramientas al hombro.

GER. ¡Calle! (Deteniéndose á la puerta del foro.) ¿Qué quiére ese caballero?

RAF. (Malo, que está aqui el viejo.)

LUISA. Nada, padre, es que....

GER. Habrá necesidad de Bombas?

LUISA. Es que iba á decir á usted.... que el señor Rodriguez me ha dicho... que puede usted empezar al momento.

GER. Pues no estabas muy de prisa á lo que parece.

RAF. Dispense usted; no es suya la culpa. He sido yo que bajaba del cuarto del señor Rodriguez, y la he detenido preguntándole.

GER. Yá? ¿A dónde está la puerta de la calle? Pues míre usted este es el camino, sigue usted por (señalándole) ese corredor, toma V. á la izquierda y enfrente está la escalera; mas abajo el portal, y siempre derecho la del rey.

RAF. Mil gracias. (Yéndose.)

GER. Ah! se me olvidaba decir á usted dos palabras amistosas. Un consejo.

RAF. Diga usted.

GER. Es, que si encuentra usted en el camino otra jóven guapa ó al menos de su gusto, procure usted tener un poquito de cuidado y no entusiasmarse como ahora, porque las gentes del pueblo no son generalmente como ustedes los señoritos creen, que tienen verguenza y mas honra, aunque pobres, que muchos de los que las desprecian, esto, si pertenecen al verdadero pueblo, es decir á los artesanos y trabajadores; á estas últimas pues, escúsese usted de pretender y perseguirlas; y mucho menos si tienen un hermano ó un padre... por que ya se vé.... como son trabajadores, tienen las manos callosas y muy duras.

RAF. Gracias, buen hombre, gracias por el consejo. (Ya volveré cuando no estés. (Yéndose.)

GER. Vaya con Dios. Supongo que no habrá usted olvidado la salida? El corredor... á la izquierda (alto á la puerta) y enfrente está la puerta.

ESCENA V.

GERÓNIMO Y LUISA.

GER. Hija mia, tengo tanta confianza en ti, que supongo no habrás dado pie á ese libertino, para que se atreva á lo que he visto.

LUISA. De ningun modo, padre mio. Solo conozco á ese caballero de hace dos dias, cuando llovió tanto, que salí sin paraguas, y tuvo la atencion de acompañarme hasta la puerta de casa tapándome con el suyo. Es verdad que es algo atrevidillo, pero me parece que me he hecho respetar como debo.

GER. En hora buena. Asi me gusta; te creo porque sé que eres una chica honrada y de despejo.

LUISA. Segun mi madre, me parezco mucho á usted.

GER. En lo moral puede; pero lo que es en lo físico hay una notable diferencia· tu eres guapa y finita, y yo soy un tiote basto y feo.

LUISA. No digais eso, padre, á mi no me lo parece usted.

GER. ¡Aduladora!.. Sin embargo un padre debe parecer bien á sus hijos, como sus hijos á él. Vosotros, tu hermano Julian y tú, me pareceis á mi los mas hermosos del mundo; y no diré yo que lo seais, pero á

mi me lo pareceis, y esto me basta. Con todo conozco vuestras faltas; tú tienes la nariz un poco chica y él un poco grande, pero yo creo que asi se compensa lo uno á lo otro, y me parece bien.

LUISA. ¡Oh! mi hermano es un buen mozo, y ahora que viste siempre como los caballeros, mucho mas.

GER. Pues me tiene con cuidado: hace algun tiempo que lo encuentro triste y... ya se vé, como es tan callado... Nunca dice una palabra, no hace mas que suspirar... y yo no me atrevo á abordarle de frente.

LUISA. ¿Quiére usted que yo se lo pregunte? puede que conmigo tenga confianza.

GER. No, no: no le digas nada. Ya está resuelto, y en la primera ocasion que se me presente le hago que cante de plano. Vaya, á Dios hija mia, bájate con tu madre, y hasta despues. Francisco! (Llamando).

FRAN. ¿Qué quiere usted, maestro? (Llamando).

GER. Amasa un poco de yeso que esté clarito. (Desde fuera).

FRAN. Está bien. (Id.)

LUISA. ¿Está Francisco con usted?

GER. Vaya una pregunta! Has visto alguna vez un albañil sin peon? Seria lo mismo que un cuerpo sin sombra. Y luego Francisco vá siempre conmigo.

LUISA. Sí, le quiere á usted mucho. Para él no hay otro señor Gerónimo.

GER. Y yo tambien á él lo quiero; es muy honrado y muy trabajador.

GER. Francisco, ¿no viene eso?

ESCENA VI.

DICHOS Y FRANCISCO.

FRAN. Ya está aqui, (entrando con un cubo) maestro! Ola, señora Luisita, muy buenos dias.

LUISA. ¿Qué tal, señor Francisco? (Sonriéndose).

FRAN. Muy bien, y usted?

LUISA. Tan buena.

FRAN. Vaya, me alegro.

GER. (Qué buena pareja voy á hacer aqui.) Mira, Luisa, advierte á tu madre que eche cebollas en la sopa.

LUISA. Está bien: hasta mas ver, señor Francisco. (Vase riendo, Francisco queda lo mismo).

FRAN. Vaya usted con Dios!.. Luisita!...

ESCENA VII.

GERÓNIMO.—FRANCISCO.

FRAN. Caramba! qué bonita es su hija de usted, maestro! qué lástima que sea tan loquilla.

GER. Y qué locuras ves tú en ella?

FRAN. Toma! Pues si siempre se está riendo!

GER. Hace perfectamente: con eso demuestra la tranquilidad de espíritu que disfruta. Solo las personas honradas rien de corazon.

FRAN. Lo cree usted asi, maestro?

GER. Sí, Francisco, es positivo. Por lo tanto observa siempre, á todo aquel que rie fingidamente, y desconfia de él, pero no dudes nunca de los que rien á carcajadas.

FRAN. Asi lo haré.

ESCENA VIII.

DICHOS Y JULIAN.

GER. Julian! tú por aquí, hijo mio?

JUL. Sí, padre, acabo de encontrar á mi hermana, me ha dicho que trabajaba usted aqui, y he venido á verle.

GER. Ps. un reparillo es lo que tenemos que hacer; poca cosa... Con que veamos; ¿y cómo te va, como te vá?... Trae esa mano: espera, aguarda, que me limpie, no sea que te ensucie. Vienes tan curiosito, que me dá gusto el verte. Sabes que me vas á hacer orgulloso con tener tal hijo?

JUL. Vaya padre, qué cosas tiene usted. Pues todo no es obra suya? A quién mas que á sus cuidados y sacrificios debo lo que soy. Y con mas, sin querer todavia recibir nada mio, sabiendo que me causa usted en ello un sentimiento.

GER. Pues qué! quieres ya hacer de mi un inválido? En mi oficio se gana el pan á los 70 años todavia, y yo tengo 50. Además, tú, aun cuando hace un año que estás en-

cargado por ese arquitecto de sus obras, no creo que te produzcan mas que lo necesario para conservarte á la altura de tu posicion, y poder portarte con la decencia y decoro que exige tu carrera. Yo, ya es otra cosa... de cualquier modo estoy bien: en ganando para dar de comer á tu madre y á tu hermana, estoy contento. Y esto gracias á Dios nunca me ha faltado. Ademas, tengo guardado algun dinerillo, del que he ido ahorrando, sin que lo sepa tu madre, porque como tiene los cascos tan ligeros, todo lo quiere gastar en trapos y tonterias, y tiene un destino mas serio: es para cuando se case tu hermana.

JUL. Padre mio: creo que me permitirá usted al menos, para cuando llegue ese caso, que sea yo quien la dote.

GER. Con mucho gusto, hijo mio; por qué no? Para entonces ya estarás mejor. Pero dime, á dónde vas tan elegante?

JUL. Voy á hacer una visita, para lo cual antes queria ver á usted y pedirle su consentimiento.

GER. ¡Calla! Pues de qué se trata?

JUL. Voy á ver al Sr. Rodriguez.

GER. ¿Tienes negocio con él?

JUL. No señor, es otro asunto muy diferente, y del que nunca me he atrevido á decir á usted una palabra, pero ahora ya...

GER. Vamos ¿y qué es?

JUL. Estoy enamorado de la sobrina del Sr. Rodriguez y quiero casarme.

GER. Calle! ¿y tal vez esa sería la causa de tu tristeza? ¡Cuánto me alegro! ¿y por qué no me lo has dicho antes? Oh! es un gran partido! y yo le hubiera hablado pero descuida que hoy mismo lo haré:

JUL. No, padre mio, dejéme usted que yo le vea antes. Me ha pasado recado de que desea hablarme; no sé para qué será; pero de todos modos, pienso aprovecharme de esta ocasion y hacerlo.

GER. Yo lo creo muy oportuno. Sí, sí, tienes razon. Es mucho mejor, tal vez yo lo echaría á perder. ¿Y supongo que ella te quiere?

JUL. Oh! sí señor! El paso que voy á dar es de acuerdo con ella. Si viérais que honrada es, qué guapa y que bondadosa! Con que obtengo vuestro beneplácito, no es verdad?

GER. Pues no lo has de obtener?... y mi bendicion; y todo cuanto de mi dependa. Pues qué puedo yo desear otra cosa mas que la felicidad de mi buen hijo, de lo que mas amo en el mundo? de mi Julian.....

JUL. Oh! Padre mio! cuán buenos sois. Pues con su permiso de usted voy en este momento á ver al señor Rodriguez.

FRAN (Que habrá entrado y salido para continuar sus faenas de albañileria.) Aqui viene.

GER. Pues, á ver si se trabaja.

ESCENA IX.

DICHOS Y RODRIGUEZ.

ROD. Se adelanta, señor Gerónimo?

GER. Se chapucea, señor Rodriguez; pero hoy quedará concluido. (A Francisco.) Prepara un poco de yeso duro, Francisco. (Vase Francisco.)

ROD. Señor Don Julian! usted por aquí? Qué casualidad?.....

JUL. Venia á buscar á usted.... y antes....

GER. Charlábamos un poco.

ROD. Pues, sí señor, deseo consultar á usted sobre una finca que pienso comprar, por lo que si usted gusta nos desayunaremos juntos.

JUL. Estoy á la órden de usted.

GER. (Este es un pretesto.) Vaya señor Rodriguez, qué le parece á usted de mi hijo?

ROD. Su hijo de usted? No le conozco.

JUL. Tengo el gusto de presentar á usted á mi buen padre....

ROD. Cómo!... Usted?....

GER. Pues, lo que yo digo; nadie cree que yo soy su padre.... Cuánta diferencia! Verdad que es muy guapo?

ROD. Confieso... que ignoraba fuese este caballero.....

GER. Mi hijo! Sí señor, es mi hijo.

JUL. De lo que me embanezco, caballero! ser hijo de un hombre honrado, es para mi el mayor blason.

ROD. Sí, con efecto.... El señor Gerónimo es un buen hombre, y... pero como no sabia nada....

GER. (Válgate Dios! y cómo le ha sorprendido.)

ROD. Francamente, no lo hubiera creido. En fin, cuando usted quiera....

JUL. En el momento.

ROD. Hasta despues,

GER. Hasta despues. (A Julian.) Aquí te espero para saber el resultado.

ESCENA X.

GERÓNIMO despues FRANCISCO INÉS y LUISA.

GER. Pues señor, no hay duda que le ha sorprendido la noticia.... Y por qué, vamos? por que soy un pobre albañil; y ha visto en Julian un jóven guapo y elgante. Como si un honrado artesano no pudiera con el sudor de su frente y sacrificándose, dar á su hijo una educacion esmerada y hacerlo hombre! Para eso, si es verdad que me he privado muchas veces de ir á la taberna á echarme un trago; ahora me revienta el pecho de satisfaccion al contemplarlo y decir: «Ven ustedes ese caballero, tan fino, tan bien puesto y tan sabio? Pues es mi hijo! Sí, señores, mi hijo. Y que diga él, todo se lo debo á mi buen padre.

FRAN. Sí, entre usted, maestra, (entrando) aqui está su hijo de usted. Calla! (dentro) pues ya no está!.....

INES. Y mi Julian á dónde ha ido? (Entrando.)

GER. Acaba de marcharse ahora mismo con el señor Rodriguez. Y sabeis para qué? Pero no; (démuestra alegria) olvidaba ya que no conviene todavía.....

INES. ¿Qué dices?

GER. Digo que vá á volver.

LUISA. Padre, ya tiene usted listas sus sopas: yo misma se las he hecho y tenido cuidadito de echarle lo que usted me encargó. Tienen mucha cebolla.

GER. Pues toma uno por (abrazándola) la noticia y otro por las cebollas. Ademas te daré yo otra noticia todavia mejor; sábete, que para cuando te cases, que será el mejor dia, con otro albañil como yo, ya he encontrado quien te dé una dote.

LUISA. Y quién es, padre mio?

INES. Quién? Quién?

GER. Oh! Es un caballerito muy guapo! Que tambien se va vá á casar, y por cierto que no vive la novia muy lejos.

INES. Hombre, no seas fastidioso. Di siquiera quien es la novia.

GER. Bueno, diré quien es la novia; pero el novio no lo digo.

INES. Y quién es?

GER. La sobrina del señor Rodriguez....

LUISA. Entonces ya adivino. Es mi hermano, por eso iba ahora allá!

INES. De veras?

GER. Calla tú, tontuela!.... Puede que en este momento esté ya firmando el contrato. (Huy..... se me fué.)

LUISA. Ve usted como era; cuánto me alegro!

INES. Qué felicidad!

FRAN. Mucho que sí; viva la felicidad de mi maestro! viva.

GER. Oh! sí, sí, estoy loco de alegría! El gozo me ahogaba y no pude contenerme.

FRAN. Aquí está ya, aqui está ya el señor Julian.

ESCENA XI.

DICHOS Y JULIAN.

LUISA. Hermano!.

INES. Hijo mio!

JUL. Madre mia! usted aquí?

GER. Sí, hombre, vienen á... (Observándole.) Pero.... Qué tienes? estás pálido? qué há sucedido?

JUL. Nada, padre, (afectando serenidad) no tengo nada.

INES. No, no, estás todo conmovido!

LUISA. Qué tienes, hermano.

JUL. Os aseguro, que no tengo nada.

GER. Vamos, hijo mio! habla con franqueza... algo ha sucedido! Te niegan tal vez la mano de esa jóven?

JUL. Ay, querido padre! estaba en un error, me he equivocado miserablemente! Habia creido que amando á una jóven y siendo correspondido era suficiente para solicitar su mano, tener una posicion honrosa é independiente y ser hombre de bien.... y ahora veo que es preciso tener una cantidad determinada, y no haber nacido de padres humildes. Pobre Teresa! Cuánto va á sufrir tambien!

GER. Con que es decir....?

JUL. Que me han negado su mano, querido padre; pero no os aflijais por mí, que yo sabré sufrir en silencio y resignarme.

ESCENA XII.

Los mismos y RAFAEL.

RAF. Bravo, amigo mio; ha estado usted como yo no esperaba; (riéndose) pero no he visto unas calabazas mas completas.

LUISA. Cielos!

RAF. Pero ahora que lo han rechazado, espero me contará V. en el número de sus amigos.

JUL. Caballero!....

RAF. No se incomode usted, amigo mio! me esplico así porque tengo derecho para ello.

JUL. Y qué derecho puede usted tener?

RAF. Tenga usted cachaza!.... Acaba de sucederme á mí otro tanto.

JUL. Cómo?

GER. Qué dice este hombre?

RAF. Figúrense ustedes que estaba yo en casa del señor Rodriguez esperándolo, cuando oigo, y confieso con placer, que dice las siguientes palabras: «usted tiene buena conducta, trabaja, gana seguramente para sostener á su muger, pero mi sobrina jamás será muger de un hombre del pueblo....»

GER. Eso ha dicho?

RAF. Entonces pensé yo que era la ocasion mas propicia de presentar mi solicitud en toda regla; pues supuesto que una buena conducta y el amor al trabajo no habian sido bastantes títulos para obtener la novia, yo que poseo las cualidades opuestas, dije, esta es la mia: yo soy el hombre que le conviene; ademas era un medio de arreglar mis cuentas con el tio y no titubeé un momento; pero nada de esto me sirvió; fuí repelido lo mismo que usted; por lo que está visto, para ser sobrino del señor Rodriguez no se han de tener, ni cualidades negativas ni positivas. De modo que ni V. ni yo servimos. Pero esta es cosa, amigo y compañero, que no merece mas que risa. Reirse y es lo mejor.

JUL. Caballero yo no me rio.

RAF. Hombre, conviene reirse primero, para despues consolarse; hay tantas mugeres lindas como la sobrina del señor Rodriguez.... Conozco yo á una que si me qui-

siera..... (mirando á Luisa) la preferiria á treinta sobrinas que tuviera.

GER. Está bien, está bien, caballero; pero ni mi hijo necesita sus consejos de usted ni mi hija sus galanteos. Creo que ya otra vez he tenido el gusto de indicarle á usted la salida; pero por si se le ha olvidado la direccion....

RAF. No señor, nada de eso; me acuerdo perfectamente (Yéndose) Aquí tienen ustedes al señor Rodriguez, tengo el gusto de anunciarlo. A Dios, compañero de infortunios. (Vase.)

LUISA. Dios mio! á qué vendrá este hombre ahora?

JUL. No quiero hallarme delante de él.

INES. Ni yo, porque me voy á desvergonzar, y lo voy á poner como un trapo; vámonos, hijos. (Vanse.)

ESCENA XIII.

GERÓNIMO y FRANCISCO, despues RODRIGUEZ

GER. ¿Es decir que tendré yo precision de quedarme? Pues señor, sea: Francisco, vamos al trabajo.

FRAN. Diga usted maestro. Ese jóven que prestó el paraguas á la señorita Luisa ¿lo conoce usted?

GER. No, ni ella tampoco.

ROD. Señor Gerónimo; puedo contar con que se concluirá esto hoy?

GER. No le se decir á usted. (Francisco llena de yeso á Rodriguez pasando junto á el).

FRAN. ¡Ah! perdone usted.

ROD. Merecias que te arrimaran...

FRAN. ¿Y para qué se arrima usted?

GER. Francisco, dame esa palanqueta.

ROD. Mal humor corre, segun veo.

GER. Tendré mis motivos para ello.

ROD. ¿Le ha dicho á usted su hijo?...

GER. A mi no me ha dicho nada. Lo único que sé, es que mi hijo vale tanto como cualquier otro, y mas que muchos.

ROD. Si yo no lo dudo, hombre! Lo conozco, y bien sabe que se lo he dicho. De cierta manera... Es un guapo chico.. Pero amigo, mio... Ello es preciso; algo.... En la sociedad en que vivimos, es indispensable, ó dorada cuna, ó su equivalente. Oro.

GER. ¿Y no cree usted que haya ninguna otra cosa.... que valga tanto como el oro?

ROD. Ninguna, señor Gerónimo; ninguna.

GER. Ya. ¿Con que el que ha nacido en una cuna humilde, y no tiene una gran fortuna, es de una condicion inferior á ellos? Con que los títulos con los que los hombres han de envanecerse, son los que se deben á la casualidad? Caballero! Desprecio ó indignacion me causa oirle semejante lenguaje. Es decir, que segun eso, el talento, la honradez nunca desmentida, la probidad, el amor al trabajo, en fin, las virtudes todas, se deberán desterrar de la tierra, porque ya no se tienen en nada, cuando se comparan con lo elevado de la cuna ó con el oro? Con que es decir que los hombres no deben aspirar ya á mas que á hacerse ricos, sean los medios cuales sean? Pues logrando conseguirlo, todo lo demas es bueno. Y la miserable y rastrera adulacion, y el engaño, y la perfidia, y la traicion y hasta el robo y el asesinato, deberán santificarse, porque son los medios para lograrlo? Porque no solo se asesina con el puñal; no solo se roba en los caminos públicos. Desgraciadamente y con mas frecuencia, hay otros robos mas peligrosos, porque se hacen impunemente y otros asesinatos mas criminales, porque quedan sin castigo, y se cometen en el centro mismo de las capitales. Y sabeis cuáles son? Pues son, cuando valiéndose de esos medios, de que he hablado, se estafa la fortuna de toda una familia, cuando valiéndose de estos medios, se le asesina, quitándole hasta el preciso alimento, y se les deja que perezcan de una muerte lenta y desesperada, en la pobreza y la miseria. Y el que esto hace, porque lleva un elegante gaban, porque con el fruto de sus crímenes ha podido comprar una carretela, y si le faltaban unos pergaminos... el mundo, mejor dicho, esa sociedad á que quereis pertenecer, lo acoje, lo acepta, y lo coloca entre sus dignos miembros, dándoles sus hijas, no solo sin inconveniente, sino que hasta brindándoselas. ¡Oh! seguramente que tienen razon. (*Con amargura*). Hacen perfectamente! Los que no viven mas que de apariencias, los que no conocen las satisfacciones del corazon, les basta ese brillante oropel con que se encumbren. Qué les importa que tengan que arrojarse en brazos de la prostitucion, y que olviden forzosamente los sagrados deberes de una madre? Nada: con tal de que conserven las apariencias, todo está bien. Sus

hijas, dicen, han hecho un brillante matrimonio; han casado con tal ó cual título, tal ó cual capitalista! Y aun cuando todo es trápala y embuste, qué importa? Ellos se portan como tales y basta. Oh! sí, sí, repito que hacen perfectamente, y que yo soy un tonto al hablar de este modo... Nada, nada, oro, oro; tengamos oro, y lo demás es menos... Francisco trae yeso. (Al concluir estas palabras dá Gerónimo con el pico en la pared desconchada, abre un boquete, mira y dá un grito). ¡Ah!!

ROD. Qué es eso? Qué teneis?

GER. Nada, nada, (disimulando) poca cosa, que se (se agacha y tapa el boquete con su cuerpo) me fué el pico y... me he lastimado esta pierna.

ROD. Pero se vá usted á desmayar! Qué palidez!... Voy á que le bajen á usted un poco de aguardiente y agua. (Vase).

FRAN. Maestro; está usted malo? Ay Dios mio! (sale precipitadamente corriendo) Maestra! Maestra!

ESCENA XIV.

GERÓNIMO solo.

La espuerta de la herramienta, deberá estar muy cerca del sitio en que esto pase.

GER. Dios mio! Si será cierto lo que he visto? (sacando el cofrecito) Oh! sí, si, es verdad! aqui hay un cofrecito abierto. (le abre) Y con dinero... Dios mio... cuanto oro... y billetes de banco. (Examinándolo). Qué fortuna!... Y mio! mio! Solo mio!... Ocultémoslo corriendo... Ya vienen! ya vienen. (Escuchando).

INÉS. Pero qué le ha dado? (dentro) qué le ha dado?

GER. Si conocerán en mi turbacion... Oh! disimulemos, disimulemos.

ESCENA XV.

GERÓNIMO, INÉS, LUISA, FRANCISCO, despues RODRIGUEZ.

INÉS. Gerónimo, qué te ha (saliendo) dado? qué tienes?

LUISA. Qué tiene usted, padre mio?

GER. ¡Oh! nada, no es nada, un golpecillo en esta pierna y... la cabeza un poco trastornada.

INÉS. ¡Jesus! qué susto he llevado.

LUISA. Yo tambien creí...

ROD. Qué es eso? Pasó ya?

GER. Sí, sí, ya estoy mejor.

ROD. Pero el golpe es grande? Con todo, retirese usted... mañana se acabará.

INÉS. Anda, sí.

GER. Bien, vamos á casa.

LUISA. Sí padre mio, vámonos. (Agachándose á recoger las herramientas).

FRAN. Deje usted maestro, que yo llevaré eso.

GER. No, no, no lo toques. Déjame.

INÉS. Pues anda yo le ayudaré.

GER. Desvia: no quiero. Déjame. (Toma la espuerta y empieza á andar con trabajo).

LUISA. Pero padre, si usted no puede solo.

GER. Quita allá tú tambien. No quiero que me ayude nadie. Yo puedo solo. Dejadme á mi solo.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un cuarto bajo, perteneciente á una familia pobre; varios muebles; puerta en el fondo, otra á la izquierda, que conduce á las habitaciones interiores, otra de vidriera que dá paso á un jardinito. En el mismo lado un armario regular, una cómoda en segundo término; á la izquierda un arcon donde hay herramientas de albañiles.

ESCENA I.

LUISA, despues INÉS, RODRIGUEZ y FRANCISCO.

LUISA. No, no, de ningun modo, (á la puerta de la vidriera) no entre usted; no sea usted atrevido, hágame usted el favor de marcharse, que no le quiero escuchar. (Cierra la puerta).

INÉS. Tienes tapados los oidos, Luisa? (Entrando por la izquierda). Hace un rato que me estoy desgañitando, llamándote, y tú sin contestar.

LUISA. No la habia oido á usted, madre; y para qué me quiere usted?

INÉS. Queria saber lo que hacias aqui sola, ó es que tambien me huyes como tu padre, que hace dos dias está desconocido, antes tan alegre, tan comunicativo, y ahora no hay quien le arranque una palabra; siempre triste, haciendo un misterio de todo y hecho un uron; como que no lo puedo soportar. Digo, y en mi genio, que soy unas castañuelas.....

FRAN. Buenos dias (entrando de prisa regularmente vestido) señora Inés; buenos dias, señorita Luisita.

INES. Buenos dias te dé Dios, muchacho.
LUISA. Muy buenos dias, señor Francisco.
FRAN. Diga usted señora Luisita (acercándose á Luisa) el cuartito que está en el jardinillo está ocupado por alguien?
LUISA. No, por qué?
FRAN. Porque habia creido ver....
LUISA. A quién? No hay nadie. (Calle usted.)
FRAN. Ah! bien está, nada... nada... No he dicho nada. Me habia equivocado.
ROD. Servidor de ustedes, señoras. (Entrando.)
LUISA. El señor Rodriguez...
ROD. Que no sirva de molestia mi venida.
INES. (Qué querrá este cara de gato escaldado.)
ROD. No está el señor Gerónimo?
LUISA. No está mi padre (Sin mirarlo.)
ROD. En ese caso la señora Inés me querrá hacer un favor.
INES. Yo no hago favores á los hombres, (id) caballero.
ROD. Ah! que está aquí Francisco: este muchacho lo hará.
FRAN. Yo no soy muchacho, entiende usted?
ROD. (Ya veo que eres un naranjo.) Creo que no he tenido el mejor tino en venir á estas horas, pero queria ajustar mis cuentas con el señor Gerónimo para pagarle y además....
INES. Bien, pero aun cuando no está, si usted quiere aguardarlo....
LUISA. Aquí tiene usted una silla.
ROD. Gracias, querida mia, (aceptándola) gracias.
INES. (Tener atrevimiento de venir á mi casa este avestruz, despues de lo ocurrido antes de ayer.)
FRAN. (Quién es ese individuo (á Luisa) que he visto en el jardinillo.
LUISA. (Si usted dice algo de eso no lo vuelvo á mirar á la cara.)
FRAN. (Ay!... ya me olia yo....
ROD. Y podria la señora Inés, facilitarme una piqueta del señor Gerónimo mientras viene?
INES. Yo no presto nada á nadie; cuando mi marido esté puede usted pedirle lo que quiera, y él hara lo que guste. Si me pidiera parecer á mí sé muy bien lo que habia de contestar: sí señor, muy bien.
LUISA. Y yo tambien.
FRAN. Pues y yo.
ROD. (Estas gentes no pueden disimular siquiera.)
LUISA. Ahí está mi padre ya.

ESCENA II.

Los mismos y GERÓNIMO y JULIAN: el primero decentemente vestido, el segundo elegante.

INES. Ah! mi hijo!
LUISA. Mi hermano!
ROD. (Decididamente no he elegido buena hora para venir.
INES. ¿Estás triste, hijo mio?
GER. No señora, no está triste, no tiene nada, está alegre como yo. Asi darse un abrazo muy apretado, que esto hace mucho bien.
FRAN. Señor maestro, este señor esperaba á usted.
JUL. Ah!
GER. Qué se le ofrece á usted en mi casa, señor Rodriguez?
ROD. Disimule usted, señor Gerónimo, venia á pedir á usted....
GER. A pedirme? el qué? No sé lo que querrá usted decir; yo no tengo nada de usted, nada.
ROD. Ya lo sé, señor Gerónimo, (pero qué tiene este hombre?
GER. Observa usted que estoy un poco trastornado? pues es verdad, y mi turbacion proviene de que no esperaba ver á usted en mi casa.
ROD. Vea usted lo que son las cosas: soy el dueño de ella desde ayer tarde.
GER. Desde ayer tarde es usted el dueño?
ROD. Exactamente, y como tengo que ocupar á usted en algunos reparos....
GER. En esta casa? jamás!
LUISA. Padre mio teneis algo?
GER. No, no tengo nada.
INES. Qué ha de tener, hay ciertas cosas que solo verlas desagradan....
LUISA. Pero teneis algo?
GER. Nada, si no que no quiero trabajar para el señor Rodriguez, soy libre, y trabajo para quien me da la gana.
FRAN. Cabal, ni yo tampoco quiero trabajar para el señor Rodriguez.
ROD. Ignoro el motivo que usted tenga para no querer trabajar en mi casa, cuando en ello no llevo otro interes

que proporcionarle medios de subsistir. Pero sino quiere usted buscaré á otro y concluido.

FRAN. Sí, sí, busque usted á otro, que nosotros no queremos trabajar.

JUL. Usted comprenderá que cada uno es dueño de sus acciones; mi padre podrá hacer muy mal en no trabajar en su casa de usted, quizás en consideracion á resentimientos particulares, pero es su voluntad y no creo que haya necesidad de mas esplicaciones.

ROD. Basta, basta, señor Julian, conozco el derecho que á cada uno le asiste, y le respeto. (Todos le vuelven la espalda.) Servidor de ustedes, señores.

FRAN. Gracias, vaya usted con Dios y que lleve usted buen viage (Vase detras.)

ESCENA III.

Dichos, menos RODRIGUEZ y FRANCISCO.

GER. Qué vendria á hacer aqui este señor? Vaya en horamala! Venir á turbar mi gozo... cuando estoy tan alegre, á pesar de... Luisa, tráenos vasos beberemos una gota... Pues, si señor, estoy muy alegre; es natural; estoy en medio de lo que mas quiero en el mundo, rodeado de mis hijos y... á propósito... sabes el capricho que se le ha metido en la cabeza á tu hijo?

INES. Cuál?

GER. Que quiere marcharse y dejarnos privados de él, de nuestra alegria.

INES. Qué es lo que dices? Irte tú, hijo mio?

JUL. Sí, madre mia, sí.

GER. Quiere irse lejos... allá al diablo de... á Moreria.... ó que se yo.

JUL. Será por poco tiempo; me han ofrecido ponerme á la cabeza de una empresa en Orán, y....

INES. Pues yo no quiero que vayas.

JUL. Madre mia, en este momento creedme, tengo necesidad de cambiar de aires, de pais; yo no puedo vivir aqui, me ahogo. Dejázme partir.

GER. Pues, no puedes vivir aqui, y por qué? porque estás enamorado?

INES. Y enamorado de una tonta que no vale tanto como tú.

JUL. ¡Ah! no hable usted asi por Dios madre mia, es la jó-

ven mas bella y la muger mas buena que he conocido.

GER. Bella no digo que no, pero buena, eso no se sabe hasta que se esperimenta; y por otra parte depende de un hombre, que si hiciera lo que se me viene á la cabeza... hay momentos en que le rompiera las narices.

INES. Y harias muy bien.

JUL. Pero padre, esa jóven ya no depende de su tio; su padre ha vuelto y...

INES. Ha vuelto? verás como tambien se niega á darla á ninguno que no sea rico.

GER. Por qué no vas á ver á su padre y se la pides?

JUL. No puedo, padre mio, bien lo sabe usted.

GER. Y por qué? Si ella te ama...

JUL. Asi me lo ha jurado diferentes veces.

INES. No se morirá por tí.

JUL. Los ángeles no engañan.

GER. Y si estás satisfecho de su cariño, por qué no solicitas el consentimiento del padre?

JUL. Porque exige un dote, y yo no le tengo.

GER. Una dote? Pues la tendrás.

JUL. Son doce mil duros, padre mio.

GER. Bien, sea lo que quiera, yo te lo daré.

INES. Tú?

JUL. Qué dice usted, padre mio?

GER. Digo... que los daré.

INÉS. Y de dónde los tomarás?

GER. Eh? Es verdad: un obrero (distraido) que ha trabajado como un buey desde su niñez, y que jamás ha querido utilizar intereses de nadie, nunca le puede dar á sus hijos un gran dote... creerian...

INÉS. Que habian de creer mas que la verdad: que eres un hombre económico, y que de tus ahorros has podido reunir una decente cantidad. Yo estoy segura de que es asi.

GER. Es verdad... todos los dias un poco... un poco... al cabo se logra reunir una buena suma... Ademas una herencia inesperada! Es muy posible... Quién sabe?

INÉS. Quién sabe... Pues, y se queda una sin saber nada. Este hombre siempre es asi.

LUISA. Aqui tiene usted el (sacando vaso y botella) vino.

GER. Ah! Bravo! Con esto si que se quita el pesar y se alegra uno. Toma, da á Julian, (toma un vaso de vino que le echa Luisa y se sientan) verás como se alegra.

JUL. No tomo nada, padre mio.

INÉS. Echa á tu padre, (á Luisa) á ver si asi se le desata la lengua y habla.

LUISA. Vaya, padre. (Dándole otro vaso).

GER. No, no quiero mas.

INÉS. Por qué?

GER. Porque no tengo sed. (Con mal modo).

INÉS. Ya, y es por eso?

GER. No, no es por eso, sino porque no me dá la gana; (pausa, y se dirije á Julian) vamos cuéntame algo del proyecto de tu viage.

JUL. En cuanto á mi viage, espero que tenga usted valor para soportar mi ausencia... Le aseguro á usted padre mio, que no sereis el que mas sufrirá por él.

GER. Vamos, vamos, no hay que desesperar mas... porque al fin... nadie sabe lo que puede suceder mañana.....

INÉS. Pero sepamos, Jesus (la curiosidad me consume) qué es lo que puedes tu hacer?

GER. Y á tí qué te importa? (Con enfado). Estas mugeres se han de meter en todo... vamos, vete adentro á tus haciendas.

JUL. Tambien me voy yo, padre mio, tengo que hacer una diligencia á esta hora y... pronto vuelvo. Adios padre. Adios Luisa. (Vase con Inés por el fondo).

GER. Adios, hijo mio, adios.

LUISA. (Voy á ver si ese jóven está todavia en el jardinillo. Qué atrevido es! y no me disgusta, pero el maldito me vá á comprometer. (Vase por la izquierda).

ESCENA IV.

GERÓNIMO solo, despues INES.

GER. Pues es verdad.... Por qué no he de tener yo doce mil duros? Pobre hijo mio! tan bueno, tan honrado, y sufriendo tanto.... y se morirá.... ó se irá.... y yo dejaré de tener á mi hijo! Y consentiré que se vaya, y que sea desgraciado.... cuando con una palabra podria..... y por qué no la he de decir? Oh! (Mira al rededor, y fijándose en el armario, dice: (Allí está! allí está ese cofrecito en donde se encierra la felicidad de todos!... (Lo coge y abre, y mirando dice:) Oh! esto es una fortuna. Podré con este oro casar á mi hijo.... y á mi hija.... y.... pero por qué me escondo de todos? por qué tiemblo? y sin

embargo nadie sabe.... nadie puede saberlo; pero yo, (ocultando el cofre) yo lo sé! oh! cuando voy por la calle me parece que todo el mundo me sigue con la vista.... y aprieto el paso.... y siento que se me agolpa la sangre á la cara.... y lloro.... (Se enjuga las lágrimas.) Oh! tengo miedo!... miedo, y de quién? y por qué?... Esto no es de nadie.... Yo lo he encontrado: esto estaba perdido, perdido.... Y quién sabe el tiempo que estaria enterrado, la casa habrá sido vendida por unos, comprada por otros.... lo mismo era de ellos, que del vecino, que mio.... y sobre todo no lo he encontrado yo; Ha sido Dios, sí, el que me lo ha enviado para labrar la felicidad de mi hijo. Oh! sí! sí....

INES. Ah! está aqui.... (Entrando y deteniéndose al verlo.) Qué hará?

GER. Para salvarle la vida!

(Ines se dirige á Gerónimo que tendrá ya guardado el cofre en el armario.

INES. Aváro! No lo dige: bien lo sospechaba yo. (Gerónimo cierra el armario y deja la llave.)

GER. Qué quieres aquí? Qué buscas? Por ventura... por qué entras de ese modo sin decir una palabra?

INES. Vaya! que está gracioso! con que ya no puede uno entrar sin anunciarse antes como hacen los ricos?

GER. Yo no digo eso; pero entrar para sorprender...

INES. Sorprender, qué?

GER. Nada.

INES. Ya, con que tienes miedo de que te sorprendan?

GER. Yo no digo eso.

INES. Si tal que lo dices, y lo temes; ya hace dias que lo noto.

GER. Vaya, bien; lo notas? me alegro.

INÉS. Pues, si señor, sí, y no es de hoy solo. Tú me ocultas alguna cosa que tienes sobre ti; sí, estás como trastornado, sí, se vé bien; ya no cantas, no has querido desayunarte esta mañana.... no has hecho en toda la noche mas que soñar hablando....

GER. Yo! yo he hablado?

INÉS. Si señor, y bien recio.

GER. Y qué he dicho? dí, dí, qué he dicho?

INES. No lo he podido entender.... y eso es lo que siento.

GER. (Me hace temblar! Hace un momento no me atrevia á beber.... ahora no me atreveré á dormir.)

INES. Y en este momento qué estabas mirando en este armario?

GER. Yo, nada: (va por la llave del armario y se la guarda) que habia de mirar?

INES. (Hola! se ha guardado la llave en el bolsillo. Si yo la llegára á pillar.)

GER. Qué cosas tienes, mujer!

INES. Yá, con que sí, hé? (Examinándole de cerca.) Pues por qué tienes el semblante así?

GER. Vaya una pasadez (volviendo la cabeza) de criatura.

INES. (Ya la tengo.) (Sacándole la llave del bolsillo.)

ESCENA V.

GERÓNIMO, INÉS, LUISA Y FRANCISCO.

FRAN. Sí señorita, lo sé todo.

GER. Qué? qué es lo que sabes?

FRAN. Perdone usted, maestro, le digo á su hija de usted.

LUISA. Sí, es conmigo, padre.

FRAN. Le estaba dando una noticia que era particularmente.

GER. Bien, bien, ya sé, sí.....

LUISA. Vaya usted Francisco por ese mandado.

FRAN. (La coquetuela se burla de mí, está visto.)

GER. Que papeles son esos) (Viendo unos papeles que trae Francisco en la mano.

FRAN. Los apuntes para la cuenta del señor Rodriguez.

GER. Ah! es verdad. Y que no tardará en venir por ellos. Mira Luisa, traeme el tintero.

INES. A que se vá á poner á escribir aquí.

GER. Pobre chica... tan guapa... Tambien será preciso casarte á ti, Eh? qué dices?.

LUISA. Yo, cuando usted quiera, padre mio.

FRAN. Cuanto antes será mejor.

LUISA. Jesus, que cara tan rara pone usted para decirlo (Se rie.)

FRAN. Rara, eh?

GER. Son felices, pueden reir.

INES. Mira, Gerónimo, el tintero está en el otro cuarto, allí te puedes ir á escribir y estarás solo sin que nadie te incomode.

GER. Tienes razon. Vaya pues, ven Francisco.

FRAN. Voy, maestro. No crea usted (á Luisa) que olvido lo del jardinillo, ni lo de la cara rara; no lo olvido. (Vase.)

INES. Gracias á Dios (mirando al armario) que voy á saber....

Mira, Luisa, anda á preparar á tu padre una taza de sopas para cuando acabe.

LUISA. Voy, madre. (Vase.)

ESCENA VI.

INES sola, despues LUISA

INES. Ahora, ya llegó la mia: abramos, (abre) qué es esto? Un cofre que nunca habia visto yo; (lo toma y lo pone sobre la mesa) pues no lo decia? y como pesa! Bondad divina (le abre.) Jesus! qué veo? estoy despierta, (lo toca) oro! sí es oro,! positivamente! y cuánto, Dios mio! y billetes de banco! y nuestro... todo nuestro! Con que somos ricos? Ay! se me va la cabeza!... Estas si que son economías.. y es claro, como él decia, cuando se está trabajando desde niño... y ademas, su padre le dejaria un buen gato.... y yo tonta de mi sin sospechar nada... Pero no tenga cuidado que ahora me las pagará juntas... y para (saca puñados de dinero y los echa en el bolsillo) empezar Anda, que esconda, que esconda. Ay que papalina voy á comprar! qué mantilla! qué gorro! qué zapatos; no, zapatos no, botitas que son mas de moda. Cabalito, pues qué no soy rica? y he de comprar hasta una bata para casa, yo le diré á él si su muger...

LUISA. Madre, cuando usted quiera... (Entrando.)

INES. Ah! eres tú? Tu no sabes (cerrando el cofre) Luisa, hija mia! tú no sabes nada? Pero no, no debes saberlo tampoco. No mires (guardando el cofre en el armario y cerrando aquel) cuidado que yo no te he dicho nada.

LUISA. Pero qué he de saber?

INES. Nada, nada, será mejor que no lo sepas... ya lo sabrás luego... Pero vamos, qué quieres? qué deseas..?

LUISA. Pero de qué madre mia?

INES. Toma, de modas, de adornos, de alhajas.

LUISA. De veras me ofrece usted, madre, todo eso?

INES. Y tan de veras.

LUISA. Pues mire usted, madre, por lo que estoy rabiando hace mucho tiempo, es por unas pulseras.

INES. Pues bien, tendrás pulseras y brazaletes, y todo lo que que quieras. Ahora mismo voy á correr todo Madrid, la calle de la Montera, la del Cármen, la Mayor, la de Toledo.. hasta el Rastro he de ir . Y voy á comprar de

todo, cueste lo que cueste; muchito para eso tengo dinero, y en oro, y soy muy rica, muy rica!

LUISA! Rica! Qué dice usted?.

INES. Por supuesto. Tú no sabes nada, nada. Ya te diré despues, si, despues. (Vase .)

ESCENA VII.

LUISA sola, despues RAFAEL.

LUISA. Dios mio... En esta casa todos se van volviendo locos. Yo no entiendo á nadie. Mi padre que no quiere nada, ni aun hablar: mi madre por el contrario, lo quiere todo, que quiere comprar á Madrid entero... Y gracias á eso no han conocido mi inquietud. El diablo es ese hombre: Pues no tiene valor para estarse en el jardin todo el dia á pique de comprometerme... Voy á hacerle salir. (Viéndole salir.) Ay! ya está aqui.... Por Dios, señor Rafael, váyase usted que si lo llegan á ver (viendo que encaja la puerta vidriera) soy perdida. Pero qué hace usted?

RAF. Nada, precaver.

LUISA. Pues si usted no se marcha, voy á gritar.

RAF. Luisita escúcheme usted cuanto voy á decirle; le ruego que lo haga siquiera por esta vez... Oh! sus ojos de usted me están diciendo que no se escusa á escucharme... lo he adivinado.

LUISA. Pero y si mi padre viene y nos vé, qué pensará?

RAF. Pierda usted cuidado, Luisita, nadie nos sorprenderá Mi narracion será corta. Le esplicaré á usted en un momento mis deseos, mi pasion, mis esperanzas.

LUISA. Por Dios, concluya usted.

RAF. Ya sabe usted que la adoro, aunque no sea mas que por lo que la persigo: pues bien: por esta adoracion, por este amor tan súbito, tan ardiente... lo digo por que lo es; única cosa por la que vivo en el mundo. No crea usted que la engaño... El otro dia... El primero que ví á usted, iba resuelto á sepultarme en el canal; lo habia pensado bien, y mi resolucion era hija de la mas sombría desesperacion. Afortunadamente para mí cometí la inconsecuencia, de, por que llovia, sacar mi paraguas cuando precisamente iba á morir hecho una sopa. La veo á usted que iba mojándose, y sin mirarla, y por pura galantería me ofrezco acompañarla, dejando

lo del canal para despues. Usted acepta, la miro, y mi resolucion dió al traste: olvido lo que atormentaba á mi imaginacion; le brindo á usted mi amor; usted no me dice que sí ni que nó; pero yo concibo esperanzas: formo mi composicion de lugar; adquiero el convencimiento de que será usted mia á todo trance.... Oh! y lo será usted. Es una predestinacion!... Por otra parte, usted debe conocer, que mi ánimo no es engañarla: antes que todo el honor, eso sí: pues bien; aun cuando el ultimo resto de mi fortuna, se lo acaba de chupar ese vampiro de Rodriguez, ese pícaro usurero nada os debe importar. Yo siento dentro de mi recursos múltiples, que bastarán indudablemente para que vivamos con holgura y felices en cualquiera de las cuatro partes del mundo. Con que, Luisita, todo lo tengo ya preparado... Decídase usted, y partamos de aqui.

LUISA. Pero quién le ha dicho á usted que yo le ame?

RAF. Cómo! Me habré equivocado? Seré tan infeliz! Luisa mi adorada Luisa!

LUISA. Caballero... yo creo que por mi conducta no haya podido usted figurarse...

RAF. Oh! no, no! confiese usted que me ama... es por ventura algun crímen?

LUISA. Pero Señor...

RAF. Si, Luisa... atrévase usted á... (En este momento óyese ruido en la puerta del foro, que tambien habrá cerrado Rafael.)

LUISA. Dios mio! alguien viene...

RAF. Con efecto.

INES. Abre, Luisa: dónde andas? (Dentro)

LUISA. Váyase usted por Dios...

RAF. Pero por dónde?

INES. No abres, niña?

LUISA. Por aqui, pronto... (indicándole la Vidriera.)

RAF. Hasta despues alma mia. (Va y Luisa abre á su madre.)

ESCENA VIII

LUISA, INES, FRANCISCO, despues GERONIMO.

INÉS. Crei que no habrias hoy la puerta.

LUISA. Si estaba ocupada en la costura. (Francisco entra con un gran lio en una mano, y un pavo en la otra, y sin hablar empieza á reconocer la habitacion)

INÉS. Pero qué estás buscando? qué busca éste?
LUISA. Qué sé yo!
FRAN. Qué sé yo, eh? con que, no (á Luisa) habia aqui nadie?
INÉS. Vamos mostrenco, trae acá eso.
LUISA. Pero Jesus! de dónde viene usted, madre?
INÉS. Toma, de hacer comprás para mí, para tí, para tu padre... para todos; y aun no he concluido; no me he querido detener mucho: pero ya; ya saldré para comprar buenas cosas... Mira que pavo.
FRAN. Aqui está el pavo. Con que no habia aqui nadie?.
LUISA. Pero madre qué es esto? es alguna herencia?
LUISA. Una herencia? Si, es decir lo mismo viene á ser... Queria decirte... pero no, no tardarás en saberlo.
FRAN. Ya está aqui el señor maestro (Entra Gerónimo sin mirar y como ensimismado, baja al proscenio y dice:
GER. Oh! la conciencia!
INÉS. Viejo avaro.
LUISA. No nos ha visto.
FRAN. Parece que está soñando.
GER. La conciencia! Cómo harán los que pueden pasar sin oir sus gritos? qué harán los que viven de la hacienda agena, para que este torcedor no los ahogue?. Y yo.... yo he creido que iba á delatarme á gritos en este instante... cuando ese tonto me ha dicho al pasar... Tio Gerónimo, ya sabemos que es usted un rico vergonzante! Qué habrá querido decirme? Ah! es preciso volverlo todo, todo! Qué haceis aqui? (Observando que lo oyen)
LUISA. Padre!
INÉS. Qué hacemos? escuchar tus oraciones? á dónde te has ido?
GER. A dar una vuelta, tenia necesidad de aire: y... qué es eso?
INÉS. Toma, compras que yo he hecho, ya las verás.
FRAN. Maestro, mire usted qué gordo que está el pavo.

ESCENA IX.

DICHOS Y RODRIGUEZ.

ROD. Me dan ustedes su permiso?
INÉS. Otra vez el señor Rodriguez.
ROD. Sí señora, me han dicho que el señor Gerónimo ha estado en mi casa á buscarme.
INÉS. Tú!
GER. Sí señor, es cierto; como V. (esforzándose por estar alegre) me ofreció trabajo, que yo en un momento de mal humor rehusé... conocí que habia hecho muy mal, y arrepentido, fuí á buscarle para que me disimulara.... porque un pobre que vive de su trabajo, no debe rehusar éste nunca, venga de quien venga.
INÉS. Pero Gerónimo... perdona que te diga...
GER. Calla tú, muger. Con que asi, señor Rodriguez, cuando usted quiera, si es que no se halla incomodado, sépa que estoy á su disposicion.
ROD. Nada de eso, señor Gerónimo... usted es un buen trabajador....
INÉS. Trabajador! sepa usted, (interrumpiéndole) señor mio, que si es trabajador, es porque le dá la gana de serlo; porque si no quisiera... ya podia darse la importancia que se dan otros y comprar á su muger... hasta vestidos de seda, y alhajas á su hija... y... si señor... dar un dote á su hijo... Ese pobre Julian...
GER. Un dote á Julian? já, já, já.
INÉS. Y comprar una casa como usted, y como usted comer pavos y gallinas... Mire V. uno. (Señalando á Francisco).
FRAN. Si señor, aquí está. (Mostrándole).
GER. Muger, qué diablos estás diciendo?
INÉS. Es que hay algunas personas que creen que son ellas solas las que tienen miles de duros.... Solo que es preciso que coloques tu dinero, que lo pongas á rédito; porque como me decia el dueño de la lonja de ultramarinos, «el agua parada no muele molino.»
GER. No la escucheis, señor Rodriguez.... já, já, já... Pero qué es lo que se ha de colocar?
INÉS. Cómo el qué? vamos me voy, porque sino canto de plano, habráse (bajo) visto un hombre como este? (Alto).

Ven, Francisco, y tú Luisa, vamos á pelar este pavo... que no quiero... vaya, abur. (Vanse Inés y Luisa).

GER. Já, já, já, está loca, señor Rodriguez, no lo dudeis.

FRAN Con que ya es usted rico? Me alegro, bien lo sabe Dios, aunque lo siento porque ya no será Luisa para mí. Pero no importa, me alegro. (Vase).

ESCENA X.

GERÓNIMO Y RODRIGUEZ.

GER. Já, já, já, tambien este (riéndose) me lo quiere hacer creer.... Vaya, vaya.

ROD. Rico.... Usted así?

GER. Le aseguro á usted que no sé lo que quieren decir.

ROD. No hay porque ruborizarse, señor Gerónimo.

GER. Yo? Pues qué me he puesto encarnado.... es que.... já, já... que ocurrencia... Ahora si que estaré encarnado... Dios mio, qué me sucede!

ROD. Por ventura cree usted que yo no me alegraria? Aunque no fuese mas que por mi pobre sobrina que está inconsolable.

GER. Ah! sí, su sobrina de usted!....

ROD. Por fortuna, su hijo de usted es un chico honradísimo... ha prometido marcharse, y marchará.

GER. Ah! lo ha prometido?

ROD. Conoce que sin bienes de fortuna...

GER. Está bien!

ROD. Oh! pero si los tuviera, ya era otra cosa.

GER. Está bien!

ROD. Si usted hubiera podido...

GER. Pero á qué me dice usted eso? Por ventura puedo yo dárselos? puedo yo... Mis bienes son (cambiando bruscamente de tono) el trabajo. Usted dijo que en su casa me lo iba á proporcionar; pues bien, si no se ha arrepentido, vamos al momento... Vaya usted delante que ya le sigo.

ROD. Bien, veamos, usted me acomoda mas que ningun otro; trato de hacer algunas escabaciones, algunos derribos, á ver si...

GER. Ah! busca usted alguna cosa?

ROD. Sí, tanto en casa como en el jardin, todo de...

GER. Buscar alguna cosa que tiene usted escondida?

ROD. No, yo no, pero tengo sospechas de que el padre de don Rafael... se cuentan tantas cosas de él... era tan avaro, y tan medroso.

GER. Ya... y usted cree? Vamos, por eso ayer ha arrancado usted todas las plantas del jardin!

ROD. Como que la casa es mia desde ayer que formalizamos el contrato.

GER. Ah! ayer! con que desde ayer es la casa de usted?... y antes, de quién era?

ROD. Antes era del padre de don Rafael, de ese muchacho que usted conocerá, tan loco como pródigo: Ah! si él hubiera encontrado algo lo hubiera derrochado sin que aprovechára á nadie.

GER. De modo, que si usted lo hubiese encontrado no se lo daria?

ROD. Hay mil razones... Ya vé usted... esa que he dicho, y ademas... la casa la tenia yo en hipoteca... y era contencioso el caso.

GER. De modo que no se lo hubiera usted dado?

ROD. Hoy ya de cualquier modo todo es para mí.

GER. Todo!

ROD. Es claro, como que soy el único propietario.

GER. Pero y antes de serlo, qué hubiera usted hecho?

ROD. Hombre... ya debe usted comprender...

GER. Y si otro la hubiera ya encontrado?

ROD. Diablos!... esas son cosas que segun la conciencia de cada cual... De cualquier modo mejor estaria en sus manos, que en las de ese loco: con que vamos?

GER. Para lo que va usted á hacer (pensativo) no hago yo falta ahora. Despues iré: tome usted la herramienta que le parezca...

ROD. Bien, me llevaré este pico.

GER. No, ese de ninguna manera.

ROD. Corriente, pero véngase usted pronto, que mejor se hará entre los dos. (Vase.)

GER. Bien, bien. (Cuando cambia el pico, le da el mayor á Rodriguez, y se queda con el pequeño en la mano.)

ESCENA XI.

GERÓNIMO, despues INES.

GER. Va á buscar. (Se rie y habla bajo.) Sí que busque, que

busque, cuanto quiera... Ya lo he salvado todo...! Antes de ayer no le pertenecia... y hoy á quién le pertenece? Qué se yo?

INES. Se fueron? No, que está (entrando) aqui mi señor marido.

GER. Y aunque yo quisiera cómo devolverlo? No sé, y con todo, ello es preciso, preciso!...

INES. Trapacero...! (Poniéndole la mano en el hombro.)

GER. Lo has oido? (Espantado.)

INES. No, le he visto.

GER. Pero, qué has visto?

INES. Toma, qué he visto? (Enseña la llave) mira.

GER. Ah! esa llave!

INÉS. Sí, esta es la tuya.

GER. Mi llave! Y te has atrevido...?

INÉS. Si señor, y he abierto el armario.

GER. Y tú has tocado?

INES. No he tocado he tomado.

GER. El oro! Y lo has tomado?

INÉS. Si señor, y lo he gastado.

GER. Tú! (Amenazándola con el Pico.)

INES. Ay! (Dando un grito.)

GER. Tú, Desgraciada, miserable... Oh! me has perdido...! me has perdido ..!

INES. Yo he pagado lo que (aterrada) he comprado.

GER. Y por eso me decias ahora poco, que yo ocultaba dinero... que podia darlo.

INES. Si....

GER. Mentira...! y por eso el vecino me miraba al pasar diciéndome, que era un rico vergonzante... Habladora... espia.

INES. Sí, sí.

GER. Mentira.

INES. A menos que no lo hayas (con sencillez) robado...

GER. Qué dices? Ah! Calla, (oyese ruido) cállate, infeliz.

ESCENA XII.

DICHOS, LUISA Y FRANCISCO.

FRAN. Pues, si señora, es indigno. Aqui traigo esta, es la carta que no me dejará mentir.

LUISA. Quiere usted callar?

GER. Qué carta es esa?
FRAN. (Ay! no los habia visto.)
GER. Qué carta es esa?
LUISA. No es para mí, padre mio.
FRAN. Ni para mi tampoco, señor maestro.
GER. Pues para quién es?
FRAN. Para.... (qué diantre!)
GER. Responderás hoy..?
FRAN. Verá usted señor maestro... no es nada... ya ve usted que no (á Luisa) tengo yo la la culpa.
GER. Vamos, qué?
LUISA. Puede usted darla... A mi me es igual.
FRAN. Pues entonces... Verá usted, maestro: estaba yo mirando el afan con que el señor Rodriguez está echando abajo la casa...
GER. Si, si, lo sé.
FRAN. Cuando veo salir del cuarto que está en el jardinillo á un hombre.. un paquete... el del otro dia. Ya sabe usted, el del paraguas.
GER. Ah! ya (Mirando á Luisa que baja los ojos).
INES. Holà! con qué un caballerito?
FRAN. Si señora. Pues como decia, me pongo á buscarle y observarlo, y veo que arroja este papelito, justamente por donde venia á pasar la señora Luisa. Demonio! Un intruso... que se oculta, que escribe cartitas... figúrese usted, lo cojí...
GER. Has hecho bien. (Arrancándosela.) Pero como se encontraba ese jóven dentro del....
FRAN. Toma! como la tapia es tan baja y se salta tan fácilmente... pues, por eso se me escapó. Sino yo le aseguro...!
GER. Está bien, vamos, léeme tú esa carta.
LUISA. «Luisita, Angel mio... todo (leyendo) está preparado «para nuestra fuga, á las siete en punto te espero en el «jardin: tres palmadas será la señal: está pronta; y te «arrancará de entre unas gentes que no te merecen, tu «amante....»
GER. Tú amante! (Colérico.)
LUISA. Padre mio.
FRAN. Ya lo vé usted, Sr. maestro, (afligido) ya lo vé usted.
INES. Robarte á tí, hija mia.
LUISA. Oh! no lo crea usted, no, padre mio! yo no se lo que quiere decir... yo no lo conozco, yo no le amo...
GER. De veras, hija mia?
LUISA. Lo juro, padre mio. Ni una sola palabra le he dicho,

que motive una conducta tan indigna.

FRAN. Es un tunante... se lo he conocido al saltar la tapia.

GER. Te creo Luisa, te creo: No querrás dejarnos, es verdad? abandonarnos como tu hermano... Este golpe me faltaba! Pero ese hombre es un infame... Cómo se llama? cuál es su nombre?

FRAN. Rafael.

GER. Calla; el dueño que era de esta casa?

FRAN. El mismo.

INES. Que ha vendido la casa al señor Rodriguez.

FRAN. Ese, ese es, si señora.

GER. Oh! tanto mejor, con que (con energia) él era quien queria robarme á mi hija, mi Luisa, robarme mi dicha! A mí que no me atrevia... que me daba miedo.., Qué imbecil era! Oh: Es un decreto del cielo! El queria apoderarse de mi tesoro... Yo me apodero del suyo..... Estamos en paz!.... Ya no le debo nada, nada! me vengo; me vengo, y soy feliz!

INES. Pero, qué estás diciendo?

GER. Oh, veremos si los pobres han de ser siempre las víctimas! Los que se han de sacrificar siempre á la honradez!... Yo no debo nada á nadie.... todo es mio, mio! Que venga; que venga Julian! Y vosotros, yo quiero que seais dichosos como yo!... Vayan al infierno las herramientas.... al infierno el trabajo.... Ya soy rico... Buscad otra habitacion.... muebles de lujo.... Trages elegantes... afuera la miseria...

LUISA. Padre mio!

INES. Gerónimo!

FRAN. Se ha vuelto loco!

GER. Loco! antes era cuando estaba loco... ahora soy feliz... he heredado!

INES. Con que es cierto?

LUISA. } Usted.
FRAN. }

GER. Sí, yo tambien tengo dinero... soy rico... rico... rico... (Gritando).

FRAN. Mi maestro es rico! (Tirando el sombrero).

GER. Ve á buscarme un carruage pronto.

FRAN. Voy corriendo, voy... (Vase).

GER. Y vosotras poneos lujosas, y vámonos.

INES. Sí, sí, vamos corriendo á buscar á Julian.

LUISA. A mi hermano!

GER. Sí, sí, todos vamos á ser dichosos, todos.

ESCENA XIII.

Los mismos y JULIAN.

JUL. Padre!
INÉS. Mi Julian!
GER. Hijo mio!
JUL. Cuánto me alegro de encontraros reunidos para que sepan ustedes cuán feliz soy ya!
LUISA. Pues cómo?
GER. Tú feliz, hijo mio?
JUL. Sí, padre querido, y á usted solo soy deudor de tanta dicha!
INES. Pero cómo es eso? esplícate.
GER. Sepámos!
JUL. El padre de Teresa, á quien yo habia prometido alejarme, me llamó hace poco, y conduciéndome delante de su hija, cuyo rostro estaba radiante de alegría... Julian, «me dijo: al llegar á mi casa, de vuelta de mi viage, no conociendo á usted ni á su familia, creí que lo primero que debia hacer era alejarlo de mi hija y.... lo hice. Perdone usted, amigo mio, ahora que estoy persuadido de quién es usted; ahora, pues, que me he informado perfectamente que el digno hijo de un honrado albañil, que con el sudor de su frente le ha dado una educacion superior á su situacion; ahora que sé que ha trasladado á su corazon de usted lo que ninguna dote, por grande que sea puede reemplazar, el honor y la probidad que ha albergado siempre el suyo... ahora que sé esto, repito solo una cosa, le pido sea siempre tan honrado como vuestro padre, imítelo siempre, y ahí tiene usted á mi hija: la doy con mas gusto que si fuera al hijo de un título de Castilla.
INES. Bien, bien.
LUISA. Vé usted, padre mio?
GER. Honrado como vuestro (sollozando) padre!
JUL. Llora usted, padre mio?
INES. Gerónimo!
GER. Ha dicho, como vuestro padre? (Queda como abismado).

ESCENA XIV.

DICHOS Y FRANCISCO con una espiocha en la mano. Despues RAFAEL Y JUAN que traerá un util de albañileria.

FRAN. Ya está ahí! Ya está ahí!
INES. El carruage?
FRAN. El señorito que venia á robar á la señora Luisa... Me puse en acecho con mi compañero Juan, y al oir las palmadas, salimos y lo hemos atrapado.
JUL. Robarte á tí? Y quién es ese infame?
FRAN. Aquí lo tiene usted ya.
RAF. Pero por qué me tratan ustedes así?
JUL. Y tiene usted valor de preguntarlo?
RAF. Se me vá asesinar acaso?
GER. Señor don Rafael, (conteniendo á su hijo y con calma) no se trata de hacerle daño, al contrario....
RAF. Pues entonces...
GER. Escúcheme usted, caballero: su padre de usted, á quien conocí en otro tiempo, y que aun cuando hombre de bien, era un poco avaro; fuera por precaucion, ó por otra causa, tuvo el capricho de esconder una gran cantidad de oro. Para ello se valió de mí, en quien tenia confianza: por consecuencia, conocia el lugar....
RAF. Qué escucho! usted sabia...
GER. Si señor, lo sabia. Sabia además, que el dinero seguia allí escondido aun despues de su muerte, y como usted estaba en sus viages... á fin de que este dinero... no fuese encontrado casualmente por alguien, (una mentira! Es la primera! Perdonádmela Dios mio!)
RAF. Y bien, qué?
GER. Que lo desenterré y lo tengo aquí.
RAF. Gran Dios!
INES. Cómo! Pues qué, es ese?
GER. Si, traélo muger! (Inés saca el cofre del armario, y lo deja sobre la mesa). Bien podia yo imitando á usted, que queria robarme á mi hija... á mi hija, que es mi fortuna, robar á usted la suya... Pero no; en algo nos hemos de dife-

renciar los trabajadores. En fin, tome usted lo suyo, y márchese de mi casa.

JUL. Bien, padre mio. (Gozoso.)

FRAN. Muy bien, muy bien... ahora lo quiero á usted cuarenta veces mas.

RAF. Cielos es una fortuna!... (Abriendo el cofre.)

GER. Ahi está la apuntacion de las cantidades que contiene, escrita por su mismo padre de usted... todo está ahi, menos algunas miserias que mi muger ha tomado sin saber el secreto... pero se devolverán á usted; pues yo tambien tengo guardadas las economias de dos años, y alcanzan para cubrirlas...

RAF. Qué está usted diciendo? Despues de semejente accion al contrario: espero que tomará usted...

GER. Nada.

RAF. Por favor le pido á usted que...

GER. Le digo á usted que no quiero nada.

RAF. Oh! Mi reconocimiento...

GER. Tampoco quiero su reconocimiento de usted.

RAF. (Yo le obligaré) Señor (alto y con nobleza) Gerónimo, conozco la ligereza de mi conducta para con su hija de usted... lo confieso, y me arrepiento....
Pero todo puede repararse. Este oro, salvado por usted puede ser el dote de su hija y por ello quiero que me conceda usted su mano.

GER. Pues yo no quiero. (Con firmeza.)

RAF. Señor Gerónimo!...

INES. Piensa que..

JUL. Si mi hermana lo desea.

GER. No: no, dejadme... Es imposible. La he prometido á un hombre que la merece, y creo que ella consentirá gustosa, no es verdad hija mia?

LUISA. Sí, padre mio.

GER. Pues en ese caso, hé aqui á tu marido (Señalando á Francisco que llora de gozo.)

FRAN Yo! Mi querido maestro?

GER. Sí: tú marido: un hombre honrado que trabajará como yo...

FRAN. Trabajará dia y noche si necesario fuese.

GER. Y que te hará feliz, hija mia! No te llevará el lujo y el fausto que dan las riquezas, pero en cambio, estoy seguro de ello, podrás contar con lo que vale cien veces mas; con un corazon honrado y generoso, y el inesplicable tesoro que tiene en sí el artesano: su trabajo.

RAF. Sin embargo, despues de lo que habeis hecho conmigo os debo...

GER. Nada... un saludo, cuando me encontreis en la calle. (Colocándose entre sus hijos) Mi recompensa?... Héla aquí. Una familia honrada... Una conciencia tranquila... trabajo, salud y alegria: esta es la fortuna del artesano y la mejor de las fortunas.

FIN DE LA COMEDIA.

NOTA. Por obsequio que Doña Francisca Monterroso ha querido dispensar al autor de esta produccion, se encargó del papel de INES no obstante ser éste ajeno al carácter de primera actriz que le corresponde en este teatro.

La pension de Venturita.
Quién es ella ?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La ceniza en la frente.
Un matrimonio á la moda.
La voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y hechicero.
Mauricio el republicano.
Á quien Dios no le da hijos...¡
La nueva Pata de Cabra.
Á un tiempo amor y fortuna.
El oficialito.
Ataque y defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un hidalgo aragonés.
Un verdadero hombre de bien.
La esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡ Fortuna te de Dios hijo !
No se venga quien bien ama.
La estudiantina,
La escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El buen Santiago.
¡ Ya es tarde !
Un cuarto con dos alcobas.
¡ Lo que es el mundo !
Todo se queda en casa
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los primos
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y desengaños.
La amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del Alma.
Pipo, ó el Principe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El congreso de gitanos.
El preceptor y su muger.
La ley sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡ Un divorcio !
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De afuera vendrá....
Juan el tornero.
La doctora en trabesuras.
Un milagro del misterio.
La mula de mi doctor.
Á los pies de V., Señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La muger de dos maridos.
Ladron y verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi muger.
Un viage al rededor de mi marido.
El marido universal.
Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel....
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardientera.
¡¡ Ingleses !!
Un fusil del dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
Pst... Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me dan.
El perro rabioso.
De qué?.
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los apuros de un guindilla.
El sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, *loa*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco piés y tres pulgadas.
Á la córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El aguador y el misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
El don del cielo.
La esperanza de la patria. *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una puesta.
¿Cual de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro !
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.

3 0112 117472750

No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios por amor!
Mi media naranja.
Un ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
!Un bofeton!... ¡y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra fantasma y mujer.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El turron de Noche-buena.
La casa deshabitada.
Un contrabando.
El retratista.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una ventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones.
El campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de don Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La pradera del Canal.
La Noche-Buena.
Una tarde de toros.
Partitura del duende, para piano y canto.

ADVERTENCIAS.

La Direccion se halla establecida en Salamanca, desde donde se servirán los pedidos que se hagan.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja proporcionada á la importancia del pedido.